

EL AMIGO...

ALGUNAS tardes: cuando el sol se enreda en el balcón, dibujando nidos de oro, de golondrinas, o formando panales con sus avispas amarillas, en los rincones de sombra y telaraña... Entonces, llega el amigo.

El niño le espera, tumbado en su hamaca, dormitando.

Y llega el amigo: con su andar ligero y oscilante, como pluma. Cual si pisara cosas vivas, y temiera dañarlas. Ondulante; con la gracia del riachuelo que salta la montaña. De su paso menudo: delicadeza.

Su pelo rojo, tan suave, que se dijera niebla o luna. Sus ojos verdes, soñadores de pájaros vivos. Ojos misteriosos que miden lo profundo. Se diría que el tiempo resbala de su redonda mirada. El gato.

Y el amigo se acerca, roza con sus bigotes blancos los pies chiquitos del niño: rosa tibia y junco sensitivo.

El niño le acaricia; y hay un rebrillar de aguas verdes, de esmeraldas, por las pupilas del gato. Y el rumor de su alegría, como el de un mar lejano. Rumor de caracoles, de algas, y de peces rojos, que sangran a la luna sobre el agua. Rumor de la selva. Antiguo rumor de sus antepasados, cuando devoraban la presa, aun palpitante. Cuando cazaban con el tigre. Rey de los felinos. Su rumor llena el silencio.

Y el niño le acaricia. Le habla de estrellas y de sueños. Y del príncipe que una bruja convirtió en naranjo. Y del corazón diminuto de los soldados de plomo, que ganaron mil batallas... Del dolor del viejo reloj, que no da las campanadas desde que murió la pastora de porcelana que él amaba en secreto.

De la tristeza de una rosa de papel, que nunca tuvo perfume.

Le habla de las nubes, donde las palomas pican algodón y nata.

Y del viento, que anida entre los árboles y esparce las semillas.

Y de la campana de la Iglesia, que canta y llora.

Y el amigo le escucha, parece entenderle. Parece comprender la música de sus palabras. Y el niño le sonríe. Le echa sobre sus rodillas. Y el gato mueve la cola, que es como una serpiente.

A veces el niño canta:

«Duérmeme mi gato, gato,
que un pez te viene a mirar.
Gato, gato, gato, gato,
que un pez te quiere pescar.»

Y el gato abre la boca, y es como si sonriera. Y el niño canta y canta...

Las avispas del sol marchan por el campo. Es la hora de la merienda. Y el niño pone leche al gato en una jarra amarilla. Y el amigo bebe, satisfecho, mientras su run, run, se apaga y se enciende.

ALEJANDRO GAGO

Stabat Mater...

Ausente de ti misma,
toda llena de un dolor que te vacía,
estás junto a la Cruz.
Espumas del oleaje en que naufragas
nublan tus claros ojos
en ondas fieras que rinden servidumbre
cuando tus costas besan.
En tus crispados dedos
se quiebra la soberana angustia
que dentro se redondea sin caminos
y amenaza tu seno sin manchilla
con ancha y dolorosa plenitud.
Quema tus venas el voraz incendio
de una sangre que la Sed enciende
porque estás ya sin Sombra
en medio del Desierto de tu Soledad sin rastro.
Tu carne como piel sin gracia
que ha perdido la semilla que la henchía,
desmaya empobrecida y hueca.
Toda tú eres la Ruina.
La ruina informe y desolada
de un mundo que perdió cimienta
porque ha negado al Verbo a cuya imagen
todo se configura.
Toda tú eres la Pena.
La Pena que es el alarido
con que se pierde el Hombre a sí mismo
cuando mata lo que somos
lo que al morir nos borra con su ausencia.
Toda tú eres el Miedo.
El miedo que es la congoja
que nos atenaza,
cuando el vacío nos queda extraños
en sombras y en desamparo.